

Plan del Folio
GALERIA DRAMATICA

Y

CENTRO DE ADMINISTRACION,

COMPRENDIENDO

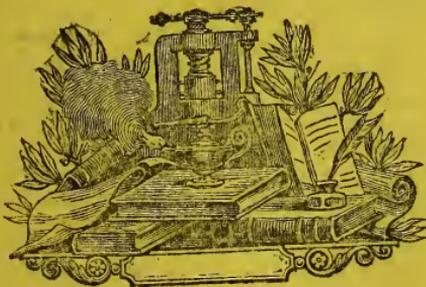
LAS MEJORES OBRAS

DEL TEATRO

ESPAÑOL Y ESTRANGERO.

DE

LOS PRINCIPALES AUTORES.

¹⁵
Maria Grau y Porta**Madrid.****Editor propietario M. P. Delgado.**

CALLE DE JESUS Y MARIA, N.º 4.

06

CATÁLOGO DE LAS OBRAS QUE SON PROPIEDAD DE ESTA GALERÍA,
publicadas hasta 1.º de Enero de 1871.

Abadía de Castro.—Abuelito.—Abuelo.—Abuela.—A cazar me vuelvo.—Acertar errar.
Accion de Villalar.—Adel el Zegrí.—Adolfo.—Afan de figurar.—A la una.—A la Zorra ca-
zo.—Alberoni.—Alberto.—Alcalde Ronquillo.—Al César lo que es del César.—A lo hecl
cho.—Alfonso el Casto.—Alfredo de Lara.—Alfonso Munio.—Alonso Cano.—Amante prest
Amantes de Teruel.—Ambicion.—Ambicioso.—Amigo en candelero.—Amigo mártir.—Am
do.—Amor de madre.—Amor de hija.—Amor y deber.—Amor y nobleza.—Amor y amis
Amor venga sus agravios.—Amoríos de 1790.—Angelo.—Ango.—Antony.—Antonio Pe
Apotheosis de Calderon.—Aragon y Castilla.—Ardides de un cesante.—A río revuelto.—A
conspirar.—Arte de hacer fortuna.—Astrólogo de Valladolid.—Atrás.—Aviso á las coque
A un cobarde otro mayor.—Aurora de Colon.—Ayuda de cámara.—Anillo de la duquesa.
por el empleo.—Amores á nieve.—Amar sin dejarse amar.—Antaño y ogaño.—Acuerd
nicipal.—Andujar.

Bachiller Mendarias.—Baltasar Cozza.—Bandera blanca.—Bandera negra.—Bárbara
berg.—Barbero de Sevilla.—Bastardo.—Batelera de Pasages.—Batilde, ó América libre.
tuecas.—Blanca de Borbon.—Beltran el napolitano.—Bodas de doña Sancha.—Borrasc
corazon.—Bruja de Lanjaron.—Bruno el tejedor.

Caballero de industria.—Caballero leal.—Caballo del rey don Sancho.—Cada cual c
razon.—Cada cosa en su tiempo.—Calentura.—Calígula.—Calumnia.—Campanero de S. Pal
Capas.—Capitan de Fragata.—Carcajada.—Carcelero.—Cárlos II el hechizado.—Cárlos V
frin.—Casada, virgen y mártir.—Casamiento nulo.—Casamiento sin amor.—Casamiento
día noche.—Cásate por interés.—Castigo de una madre.—Castillo de S. Alberto.—Casualidad
Catalina de Médicis.—Catalina Howar.—Cazar en vedado.—Cecilia la ciegucecita.—Celos.
los infundados.—Cerdan, justicia de Aragon.—Chiton.—Cisterna de Albi.—Club revoluc
rio.—Cobradores del banco.—Coja y el encogido.—Colegiales de Saint Cyr.—Colon y el
errante.—Cómicos del rey de Prusia.—Comodín.—Compositor y la estrangera.—Conde de
ñan.—Conjuracion de Fiesco.—Conspirar por no reinar.—Con amor y sin dinero.—Contig
y cebolla.—Copa de marfil.—Corazon de un soldado.—Corsario.—Corte del Buen Retiro, 1.
te.—Corte del Buen Retiro, 2.ª parte.—Corte de Cárlos II.—Cortesianos de don Juan II.—C
de la lealtad.—Cristiano, ó las máscaras negras.—Cristóbal el leñador.—Cromwell.—Cr
oro.—Cuando se acaba el amor.—Cuarentena.—Cuarto de hora.—Cuentas atrasadas.—C
do con las amigas.—Cuñada.—Cuna no dá nobleza.—Celos de un alma noble.—Caja de
ta.—Corazon y el dinero.—Celos de Mateo, *zarzuela*.—Calderon.—Carta y guarda pelo.
nicienta.—Cerro de Ubeda.—Cortesianos de chaqueta.—Cuadros al fresco.

Daniel el tambor.—Degollacion de los inocentes.—Del mal el menos.—Desban.—Desce
do.—Desengaño en un sueño.—Detrás de la cruz del diablo.—De un apuro otro mayor.—D
Cojuelo.—Día mas feliz de la vida.—Diana de Chivri.—Dios mejora sus horas.—Dios los c
ellos se juntan.—Diplomático.—Disfraz.—Disfraces.—Dómine consejero.—Don Alvaro d
na.—Don Alvaro ó la fuerza del sino.—Don Crisanto.—Don Fernando el de Antequera.—
Fernando el Emplazado.—Don Jaime el Conquistador.—Don Juan de Austria.—Don Jua
norio.—Don Juan de Marana.—Don Rodrigo Calderon.—Don Trifon, ó todo por el dinero.—
Juan Trapisonda.—Doña Blanca de Navarra.—Doña Gimena de Ordoñez.—Doña María de l
na.—Doña Mencía.—Doña Urraca.—Dos amos para un criado.—Dos hijas casaderas.—
doctores.—Dos coronas.—Dos validos.—Dos celosos.—Dos granaderos.—Dos padres para
hija.—Dos solterones.—Dos vireyes.—Dos venganzas y un castigo.—Dos tribunus.—Dui
y compañía.—Duque de Braganza.—Duque de Alba.—Duquesita.—Dote de María.—Dios
tiga sin palo.—Duende del meson, *zarzuela*.—De España á Francia.—D. Quijote.

E. H.—Eco del torrente.—Editor responsable.—Egilona.—Elisa, ó el precipicio.—El q
casa por todo pasa.—Elvira de Albornoz.—Ella es.—Ella es él.—Ellas y nosotros.—Emil
Empeños de una venganza.—Encubierto de Valencia.—Encantos de la voz.—Engañar e
verdad.—Entremetido.—Entrada en el gran mundo.—Ernesto.—Errores del corazon.—E
lera de mano.—Escuela de las casadas.—Escuela de las coquetas.—Escuela de los peric
tas.—Escuela de los viejos.—Espada de mi padre.—Espada de un caballero.—Españoles s
todo.—Estaba de Dios.—Está loca.—Estrella de oro.—Errar la vocacion.—Es un bandic
Estupidéz y ambicion.—Escomulgado.—El diablo está en todas partes.—En palacio y e
calle.—Escenas del siglo de las luces.—Espulsion de los jesuitas.—Escuela de las amig
Espiacion de un delito.—En todas partes hay de todo.—Entre dos mundos.—Encapuchad
El qué dirán y el qué se me da á mí.

Fabio el novicio.—Familia del boticario.—Familia de Falklan.—Familia improvisada.—
nático por las comedias.—Farsa, ó mentira y verdad.—Felipe.—Felipe el Hermoso.—Feri
Mairena.—Fernan Gonzalez, 1.ª parte.—Fernan Gonzalez, 2.ª parte.—Finezas contra
vfos.—Flaqueñas ministeriales.—Flavio Recaredo.—Floresinda.—Fortuna contra fortun
Fray Luis de Leon.—Frenología y magnetismo.—Frontera de Saboya.—Funcion de boda
boda.—Fé, esperanza y osadía.

LA PENA DEL TALION.

Comedia en un acto,

ESCRITA EN FRANCÉS POR M. SCRIBE,

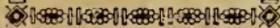
Y ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON RAMON DE NAVARRETE.

*Estrenada en el teatro del Príncipe el 1.º de Junio
de 1847.*

Esta comedia fué aprobada para su representacion por
la Junta de censura de los teatros del Reino en 4 de
Junio de 1849.

 M. P. D. 


Maria Grau y Porta

MADRID.

IMPRENTA DE DON CIPRIANO LOPEZ.

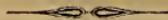
Cava-baja, n.º 49, bajo.

Febrero 1856.

PERSONAS.

ACTORES.

DON ELÍAS DE INESTROSA, ge- neral.	} <i>Don Julian Romea.</i>
RICARDO, su sobrino.	} <i>Don Florencio Romea.</i>
GABRIELA, esposa de Ri- cardo.	} <i>Doña Teodora Lamadrid.</i>
LA MALQUESA DE PINO-ALTO, madre de Gabriela.	} <i>Doña Gerónima Llorente.</i>
JUANA AGRAMUNT, arrenda- dora.	} <i>Doña Matilde Díez.</i>



La escena es en una quinta en las inmediaciones de Tarragona.



Esta comedia pertenece á la Galería Dramática, que comprende los teatros moderno, antiguo español y extranjero, y es propiedad de su editor *Don Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del Reino, ó en los Liceos y demas Sociedades sostenidas por suscripcion de los Socios, con arreglo á la ley de 10 de Junio de 1847, y decreto Orgánico de teatros de 28 de Julio de 1852.

DOS PALABRAS DEL TRADUCTOR.

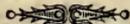
El gran éxito que ha alcanzado esta comedia es debido principalmente á la ejecucion inimitable por parte de todos los actores; M. Scribe mismo, si la hubiera presenciado, les habria aplaudido sin duda, como el público, con entusiasmo, por la verdad, por el talento, por la exactitud con que han caracterizado los diferentes personajes. Permitaseme, pues, que aquí consigne mi gratitud á tan distinguidos artistas, yo que tanta les he debido ya en otras y no pocas ocasiones; y acepten ellos este sincero testimonio de mi amistad, de mi admiracion, y de mi aprecio.

RAMON DE NAVARRETE.

Maria Grau y Porta

672145

ACTO ÚNICO.



DECORACION.

A la izquierda, en primer término, un pabellon elegante al extremo de un jardin, con una puertecilla que sale al camino. En el primer piso del pabellon, un gran balcon de piedra, sostenido por dos columnas.— A la derecha la entrada de una granja.— En el fondo el camino real; á lo lejos se divisan las casas y el campanario de un pueblo.— A la derecha, y junto á la puerta de la granja, un árbol, á cuyo pié hay un banco de césped.

ESCENA PRIMERA.

DON ELÍAS, *hablando hácia la parte de adentro.*

Si, señor, torpe y muy torpe! Hacerme volcar á dos pasos de la quinta, y en un camino escelente! (*Despues de escuchar al postillon.*) Habia una zanja? Pues bien, tu obligacion era verla, en vez de mirar á las musarañas.—Cómo! bestia! Quieres levantar tú solo el carruage? Habrá animal! Ruega que te ayuden á las gentes de esa granja! Entre tanto yo me iré á pié á la quinta.—Este es, si no me equivoco, el pabellon que está al extremo del jardin; y en un cuarto de hora, siguiendo las tapias, podré llegar al patio principal. (*Viendo que se abre la puerta del pabellon.*) A menos que no pudiese atravesar la huerta, en cuyo caso seria mucho mas corto. Justamente parece que esa puertecilla se abre de intento para mí.

ESCENA II.

DON ELÍAS. JUANA, *que sale del pabellon con una carta.*

Juana. Pierda usted cuidado, señor; se entregará su carta segun desea, y sin decir de parte de quién. Juana Agramunt no es ninguna tonta!

Elias. (*Acercándose.*) Hola, señora Juana Agramunt!

Juana. Ay Dios! Cómo sabe usted mi nombre?

Elias. No es ese jardin el de la casa donde vive don Ricardo de Inestrosa?

Juana. Don Ricardo no vive en la casa.

Elias. Eh?

Juana. Quiero decir, que no vive ya en ella.

Elias. Desde cuándo?

Juana. Há un mes que habita el pabellon.

Elias. Vaya una ocurrencia!

ESCENA III.

DICHOS. RICARDO.

Ricardo. (*Desde lejos.*) Qué haces ahí de palique con ese caballero? (*Lanzando un grito, y arrojándose en los brazos de don Elias.*) Tio del alma!

Juana. Toma! Es su tio! (*Sorprendida.*)

Elias. Ricardillo!

Ricardo. Cuánto me alegro de verle á usted! (*A Juana.*) Y la carta?...

Juana. Ya voy, ya la voy á llevar! (*Aparte yéndose.*) Qué lástima! Marcharme ahora cuando podría saber... (*Gesto de Ricardo.*) Repito que voy corriendo. (*Vase de mala gana.*)

ESCENA IV.

DON ELÍAS. RICARDO.

Ricardo. Querido tio, cuán largos me han parecido los tres meses de su ausencia de usted!

Elias. Esa es otra prueba del cariño casi filial que me tienes; y la aprecio tanto mas cuanto que debias estar un poco quejoso de mí.

Ricardo. Yo quejoso?

Elias. Sí, porque no pude servirte de padre al verifi-

carse tu casamiento. Pero perdóname; los asuntos del servicio militar...

Ricardo. Ya lo sé, ya lo sé!

Elias. Aprovechando algunos días de descanso, vengo ahora á abrazar á mi nueva sobrina... la cual debe ser muy bonita, picaruelo, pues tú siempre has tenido buen gusto.

Ricardo. (*Confuso.*) Si, si, ciertamente...

Elias. Y no le falta á quien parecerse, porque la marquesa de Pino-alto era antiguamente célebre por su hermosura, soberbia, y por su genio... idem.

Ricardo. Con que usted la conoce?

Elias. Cuando yo era coronel, estuve para casarme con ella! Solo aquél carácter dominante é imperioso fué lo que me retrajo.

Ricardo. Hizo usted muy bien.

Elias. Por fortuna tú no te has casado con la madre, sino con la hija, y todos ponderan la dulzura y la bondad de esta.

Ricardo. (*Turbado.*) Así es, tío mio, que yo la adoro, la idolatro!

Elias. Desde el principio lo conocí en las epístolas de cuatro páginas, llenas de ponderaciones y de puntos de admiracion que me escribias diariamente. Te lo confesaré ahora; aquello me alarmó.

Ricardo. Por qué?

Elias. Porque siempre he temido los escesos.

Ricardo. Acaso puede uno amar demasiado á su esposa?

Elias. Sí tal. Mira, en el matrimonio, es menester economizarlo todo, hasta el cariño... sino, á la larga los mas enamorados se quedarian exhaustos.

Ricardo. Habla usted como solteron...

Elias. No, como hombre prudente que sabe prever el porvenir. Desde el primer día, desde la luna de miel, debe mostrarse el marido cual será siempre. Pobre del que es demasiado amable, demasiado complaciente, demasiado dócil! La mujer se persuade de que esto ha de durar eternamente, y si sucede lo contrario, esclama: (*Imitando la voz femenina.*) «Qué cambiado estás! Ya no me amas!»

Ricardo. De veras?

Elias. Pues es claro! Pero si tu sistema te ha salido bien,

yo te doy la enhorabuena. Conque vamos á ver á tu bella mitad. Toma! y te quedas parado y confuso? Por ventura la violencia de tu pasion te hará tener celos hasta de tu tio?

Ricardo. No, no señor... Es que... es que... no sé cómo decirle á usted que ya no habito la quinta, sino ese pabellon... donde estoy solo.

Elias. (*Sorprendido.*) Ya entiendo... por el dia... habrás puesto ahí tu gabinete de estudio...

Ricardo. No, no, por la noche igualmente.

Elias. Eh?

Ricardo. Usted pensaba hallar aquí el emblema de la felicidad terrestre, y se equivoca... Mi matrimonio es un infierno!

Elias. Esplicate, querido. Tú me asustas! (*Yendo á sentarse en el banco de césped.*) Ven á contármelo todo.

Ricardo. (*Con agitacion, y sentándose.*) Ya sabe usted que cuando me casé con Gabriela, llevábamos un año de amores, un año de locura por mi parte, pues me parecia ella un ángel superior á mí, que me dispensaba un honor insigne al corresponderme. Así, juzgué que no pagaria mi felicidad sino á fuerza de abnegacion y de ternura.

Elias. (*Friamente, y tomando un polvo.*) Primera falta.

Ricardo. Todos sus caprichos eran á mis ojos justos, y no me costaba nada acceder á ellos; al contrario, en el imperio que Gabriela ejercia sobre mí, hallaba yo un encanto inesplicable; y me consideraba feliz en obedecerla, en ser su esclavo, y en pasar mi vida á sus piés.

Elias. (*Lo mismo.*) Segunda falta!

Ricardo. Es muy posible... Mas era tan bella, tan seductora mi consortel empleaba una coqueteria conyugal tan deliciosa! Usted ignora, tio mio, lo que puede una mujer jóven y bonita, cuando apoyada en el seno de uno, le dice medio risueña y medio suplicante: «Si me amas, querido mio, si me amas...»

Elias. (*Imitando la voz femenina.*) «Serás un tonto, serás un extravagante.»—(*En su voz natural.*) Tercera falta.

Ricardo. Ay! No las cuente usted, porque seria nunca acabar. Al segundo mes únicamente fué cuando cono-

ci que Gabriela (á quien antes habia creído perfecta) podia tener algunos... algunos ligeros defectos.

Elias. Toma! Tenia todos los que tú le habias dejado!

Ricardo. Y el mismo dia que manifesté otra opinion que la suya, se escapó de sus labios esa frase fatal que usted pronunció poco há, y que me hizo estremecer: «Ricardo, ya no me amas!» — «Yo? respondi. — Ah! Haz todo lo que quieras, manda, dispon, ordena...»

Elias. Se acabó! Anarquía completa! Ya no hay gobierno posible!

Ricardo. Su madre, que la daba siempre la razon, habia venido á pasar algunos dias con nosotros...

Elias. (Asustado y levantándose.) Con vosotros?

Ricardo. Desde entonces ya no hubo medio de entendernos. Avergonzado al fin de mi debilidad, resolví aprovechar la primera coyuntura favorable para mostrar carácter y recobrar mi autoridad.

Elias. Buena idea!

Ricardo. Muy malá, tio! — Estábamos convidados á un baile, al que debia asistir la señora de Osorio, mujer jóven y linda, de quien tenia celos Gabriela... gracias á su madre, porque á mí ni me habia ocurrido mirarla. Negóse, pues, Gabriela á asistir á dicha funcion... y me prohibió que yo fuese á ella!

Elias. Estaba en el orden!

Ricardo. Pero yo me mantuve firme...

Elias. Bravo!

Ricardo. Diciendo que faltar los dos á aquel convite sería una impolitica; que mi esposa era dueña de quedarse, si gustaba; mas que en ese caso iria yo solo.

Elias. Bravísimo!

Ricardo. La marquesa me llamó tirano, añadiendo que mataria á su hija á disgustos.

Elias. Las frases de cajon!

Ricardo. (Colérico.) Y yo, con mucho respeto, envié á pasear á la marquesa.

Elias. Yo mismo no me hubiera portado mejor!

Ricardo. Cuando llegó la noche, me vestí.

Elias. Bien!

Ricardo. Gabriela no desplegaba sus labios, y á pesar mio, aquel silencio me inquietaba.

Elias. (Volviéndole la espalda.) Bah! Collon!

Ricardo. La prueba de que no lo fui, es que á la hora señalada me dispuse á marchar. Entonces Gabriela se arrojó hácia el balcon, que abrió de golpe, y me dijo friamente que si daba un paso mas...

Elias. (Riéndose.) Se tiraba por él?

Ricardo. Justo; y antes de que pudiera detenerla, (*Movimiento de don Elias.*) se precipitó; y sin una casualidad... providencial, sin un monton de heno que habian dejado la vispera debajo de ese balcon...

Elias. (Sonriéndose con ironía.) Un monton de heno! Ah! Con que cayó encima?

Ricardo. Sin hacerse daño, gracias á Dios!

Elias. Eso es diferente.

Ricardo. No, tio; es exactamente lo mismo.

Elias. Bueno; mas me ocurre una idea.

Ricardo. Cuál?

Elias. Puedo engañarme sin embargo, y... Prosigue, prosigue.

Ricardo. La marquesa se llevó á su hija á la quinta; yo corrí allá en su busca, y no conseguí nada. Mi suegra, mas altanera y mas soberbia que nunca, me declaró que por respeto al honor de su casa, ocultaria á todo el mundo lo sucedido; pero que como mi presencia podia matar á Gabriela, me prohibia que la viese, si no deseaba ser dos veces su asesino.

Elias. Y luego?

Ricardo. Desde aquel dia, un mes hace ya, (*Suspirando.*) no he vuelto á ver á mi mujer.

Elias. Lo que no es un mal.

Ricardo. Lo es, porque yo siempre la idolatro.

Elias. Bien.

Ricardo. Y solo anhele arrojarme á sus plantas, y pedirle perdon.

Elias. Alto ahí! Eso es lo que no permitiré, porque ella tiene la culpa de todo. Si realmente queria matarse; si por motivo tan frívolo queria condenar á un marido que la adora al dolor y á los remordimientos eternos, es imperdonable. Mas si, cual espero, esa escena dramática era una comedia...

Ricardo. (Con indignacion.) Supondria usted?...?

Elias. A mi edad se duda de todo, como á la tuya, sobrina mio, no se duda de nada.

ESCENA V.

DICHOS. JUANA.

Ricardo. (*Aparte confuso.*) Cielos! Juana!

Juana. Uf!... cuánto he corrido! Lo que me ha hecho tardar, es que he encontrado...

Ricardo. (*Haciéndola señas de que se calle.*) Bien... ya hablaremos de eso... luego...

Eliás. Hola! la chica de esta mañana!

Juana. Sí, chica... soy grande, porque estoy casada con mi marido Jaime Yuncadella... Hace ya un año que somos marido y mujer. Por mas señas, hoy es el aniversario de la boda, y queríamos celebrarlo en la granja... Teníamos convidados á nuestros amigos y parientes; habíamos dispuesto una magnífica comida...

Eliás. Así me gusta, que la gente se divierta.

Juana. Su sobrino de usted no piensa del mismo modo; porque está triste y no ve á nadie, no quiere que nadie beba, cante, baile, ni haga nada... Vaya una ocurrencial!... Y lo peor de todo es que ya teníamos una pavita cebada, que va á enflaquecer del disgusto de que no la maten!

Eliás. Con que te opones á lós placeres de tus arrendadores?

Ricardo. No; tío; pero me fastidia el ruido... se oye todo desde ahí... y luego, Juana está haciendo siempre carocas á su marido...

Juana. Toma! para eso me he casado... es mi hombre, como yo soy su mujer... y además, el señor cura lo permite, lo autoriza.

Eliás. Tiene razon! ya que no seas feliz, no impidas á otros serlo. Yo me encargo de todo, Juanita; mi sobrino consentirá, y yo me convidó al banquete y al baile.

Juana. (*Saltando de gozo.*) Qué buen señor!... Cuánto se lo agradezco á usted!... Y ya he encontrado á algunos amigos en el camino, al ir á llevar la carta á la quinta.

Ricardo. (*Con impaciencia.*) No te he dicho que te calles?

Eliás. (*Frunciendo el gesto.*) Pues qué, has llevado una carta de mi sobrino allá?

Juana. Por qué me hace usted señas? (*A don Ricardo.*)

Qué tiene eso de particular? (*A don Elias.*) Si señor, ha escrito á su mujer, que es mi madrina.

Elias. Habrá imbécil!... Con que es cierto?

Ricardo. (*Bajando la cabeza.*) Tío!

Elias. Y sin duda, como decias poco há, para pedirla perdon?

Juana. (*Aparte.*) Es posible!

Ricardo. Usted no es buen juez en el particular. Yo amo á Gabriela... hace poco tiempo que estamos unidos... y es tan jóven, tan bonita! Pregúntesele usted sino á Juana... Desde que nos hallamos reñidos, me parece que la quiero doble... Si: este mes de guerra me ha parecido un siglo! prefiero la paz, la paz á todo trance! Pero usted, tío mio, no comprenderá jamás tales cosas!

Elias. Sí, sí; yo no entiendo nada de matrimonios; mas entiendo mucho de motines y rebeliones. Vamos, y qué te han respondido? (*A Juana.*)

Juana. Nada; mi madrina no estaba sola, sino con su madre, la cual se apoderó de la carta.

Ricardo. Qué infamia!

Elias. Lo ves?

Juana. «Señora, la dije, es del amo, que escribe á su esposa, y no á otra alguna.»

Elias. Muy bien, Juanilla!

Juana. Mas ella, sin responderme, me lanzó una de sus miradas de seis piés y medio de altura, y abrió el billete. Al leerlo se encogió de hombros, sonriéndose de un modo tal, que si yo me atreviera á sonreirme de la misma manera delante de mi Jaime, me quedarian mucho tiempo las señales para memoria... porque mi marido es muy fuerte, muy fuerte!

Ricardo. Acabarás?

Juana. En seguida la marquesa se sentó delante de su bufete, y allí garrapateó en un pliego de papel, que me entregó luego; diciéndome: «Ahí va mi... último atún!»—Yo me lo guardé en el bolsillo, y aquí está el último atún de la señora.

Elias. Calla!... Tiembblas solo de ver su letra? (*A Ricardo.*)

Ricardo. No, sino que me parece que esa carta contiene mi sentencia.

Elias. Si me lo permites, no sentiré conocer el estilo de

la marquesa, y que Juanilla llama su último atún.
(*Cogiendo la carta.*)

Juana. Este señor no tiene miedo á nada! (*Aparte.*)

Elias. (*Abriéndola.*) Hola, hola!... Juanilla decia bien!
(*Leyendo.*) «Este es nuestro *ultimatum*: mi hija se dignará recibirle á usted con una sola condicion; y es, que reconociendo usted sus faltas, venga á la quinta á disculparse en mi presencia...

Ricardo. (*Indignado.*) A disculparme?

Juana. Disculparse un marido!

Elias. (*Leyendo.*) «Entonces, acaso perdonaremos. — La marquesa de Pino—alto.»

Ricardo. (*Apoderándose de la carta y recorriéndola.*) No, no puedo creer...

Juana. (*Furiosa.*) Quién ha visto cosa igual?

Elias. Conoces ahora lo que se gana con ceder?... Esta nueva humillacion la debes á tu debilidad de antes.

Juana. Ciertamente!

Elias. Y cuanto mas hagas, mas exigirán de tí.

Juana. Es verdad!

Elias. Lo que te prueba que el jefe de la familia es el único que debe mandar...

Juana. Muy bien!

Elias. Y hacerse obedecer!

Juana. (*Con energía.*) Sí señor, el tio tiene razon! Ay!... perdone usted... (*Ricardo se deja caer en el banco de césped.*)

Elias. (*Sonriéndose.*) No hay de qué. Con que piensas como yo, Juanilla?

Juana. Sí á fé. A los principios de nuestro casamiento, me gustaba tanto divertirme y tener lujo, que lo hubiera gastado todo en dengues y baratijas; luego mi marido estaba muy enamorado, y yo pensaba que no se opondria á mis caprichos. Buenas y gordas!— Un dia me dijo: «Alto ahí, señora Juana: á tí te obedecerá todo el mundo en la granja, porque eres el ama; pero tú me obedecerás á mí, porque yo soy el amo, y el amo es el primero.» Entonces, bajé la cabeza; le respondí: «Está bien...» Y no hemos vuelto á tener mas contestaciones.

Ricardo. De veras?

Juana. Jaime es muy buen muchacho, tan laborioso, tan

alegre... No piensa sino en su mujer y en su trabajo; pero cuando dice si, no hay que replicarle nó. De modo que todos le respetan y le estiman; pues del que cede á nuestros caprichos, solemos reirnos y burlarnos despues por detrás.

Ricardo. (*Dejando caer la carta que tenia en la mano.*)
Cielos!

Elias. Bravo, chiquita!... Has pronunciado un discurso sublime por su moralidad y sensatez! Ven á darme un abrazo!

Juana. (*Queriendo detenerle.*) Y mi marido?

Elias. No está aquí, y mi admiracion á tu talento no ofrece peligro! (*La abraza.*)

Juana. Me gusta este viejo por lo campechano que es! (*Aparte.*)

Elias. Mira, Ricardo, si quieres delegarme por algun tiempo tus derechos, que no te sirven de nada; si quieres dejarme obrar, y fiarte enteramente en mí, yo te respondo de que antes de mucho tu matrimonio se parecerá en todo al de Juana!

Juana. Qué honor para nosotros!

Ricardo. Haga usted lo que le acomode, tio, con tal de que me devuelva á mi Gabriela.

Elias. Te la devolveré dulce, amable, y lo que es mas, sumisa. Tú, Juana...

Juana. Qué me manda usted?

Elias. Véte á desplumar tu pavita; prepara la comida y el baile, y no te olvides de que yo pago la música.

Juana. Mil gracias. Antes iré ver á mis hijos.

Elias. (*Sonriéndose.*) Hijos?... En un año de matrimonio?

Juana. Es que vinieron dos á la vez, tan robustos como su padre, el cual es el hombre mas robusto...

Elias. Con que dos?

Juana. A Jaime no le gusta perder el tiempo.

Elias. Mira; dile á tu marido que sin conocerle le profesó la mas alta estimacion.

Juana. Se lo diré.

Elias. Y que luego tendré el honor de apretarle la mano y de echar un trinquis en su compañía.

Juana. Lo aceptará con sumo gusto; porque él no se niega nunca á compartir con otro su porron.

Elias. Su porron nada mas?

Juana. Pues es claro! (*Sonriéndose.*) Con que, hasta despues. (*Vase corriendo.*)

ESCENA VI.

DON ELÍAS. RICARDO.

Elias. Vamos, ahora cuéntame qué es lo que has hecho en un mes.

Ricardo. Me he fastidiado en ese pabellon, rehusando los convites de mis vecinos... Hoy mismo estoy invitado para una cacería magnífica.

Elias. Y no piensas ir?

Ricardo. No, porque quien la ha organizado es esa señora de Osorio, de la cual tiene celos Gabriela, y no quiero esponerme á que ella ó su madre juzguen...

Elias. Y qué nos importa? Al contrario, es menester que vayas.

Ricardo. Para aburrirme?

Elias. Me has prometido dejarte guiar por mí; así, antes de marcharte á cazar, necesito que des una vuelta por la granja.

Ricardo. No se acuerda usted de que habrá broma?...

Elias. Mejor!

Ricardo. Comida, baile... 10

Elias. Escelente!

Ricardo. Exige usted que me presente en una fiesta en tales momentos? Y si Gabriela lo sabe?

Elias. Eso es lo que deseo.

Ricardo. Y su madre?

Elias. Tienes ó no confianza en mí? Yo te respondo de todo.

Ricardo. Tio, su seguridad de usted comienza á animarme.

Elias. Gracias á Dios! Mira, (*Señalando á la granja.*) ves cuántas guapas chicas?

Ricardo. (*Animándose.*) A la verdad, yo no puedo pasar mi vida entre cuatro paredes, porque se le antoje á la marquesa.

Elias. Que no es tu mujer.

Ricardo. Luego, no es ningun pecado del otro mundo divertirse uno un poco...

Elias. Es claro!

Ricardo. Con que, tío, yo me abandono enteramente á usted.

Elias. No te pesará.

Ricardo. Quiero aturdirme, hacer locuras... y achisparme en la caza, si puedo.

Elias. Pues no has de poder?

Ricardo. De este modo olvidaré mis penas, olvidaré hasta que soy casado...

Elias. Perfectamente.

Ricardo. Y para compensar el tiempo perdido, voy á enamorar á cuantas muchachas encuentre.

Elias. Así, así!

Ricardo. Con que, querido tío, adios: le aseguro á usted que quedará contento de su sobrino. (*Vase corriendo y cantando.*)

ESCENA VII.

DON ELÍAS. *Despues* LA MARQUESA y GABRIELA.

Elias. Por fin se lanzó! No me ha costado poco trabajo! Ahora vamos á la quinta á ver á la marquesa... Tendré el gusto de combatir con un adversario digno de mí. Diante!! Ella se acerca!... El enemigo se me ha adelantado! (*Mirando hácia la izquierda.*) No hay duda; es la mismísima, algo ajada, pero siempre frescachona, y sobre todo siempre orgullosa, porque la hermosura pasa, y el carácter queda! Quién será esa jóven que la acompaña? Gabriela sin duda! Es bonita como un ángel! Ahora comprendo la desesperacion de Ricardo: la penitencia ha sido dura. (*La Marquesa y Gabriela salen seguidas de un criado que lleva un libro.*) Señora Marquesa! (*Acercándose.*)

Marquesa. (*En tono dulce.*) General!

Elias. Qué feliz casualidad!

Marquesa. Ibamos á la iglesia del pueblo... (*Hace una seña al criado, el cual se va por la derecha.*) Permítame usted que le presente mi hija Gabriela.

Elias. Que es también mi encantadora sobrina.

Marquesa. Espero que se dignará usted hospedarse en nuestra casa.

Elias. (*Suspirando.*) De buena gana aceptaria; mas es

imposible! Yo no abandono á los amigos en la desgracia, y debo compartir el destierro de Ricardo, al cual acabo de ver y abrazar.

Gabriela. Ah! Usted le ha visto?

Marquesa. (Con altanería.) Y le ha dicho á usted?...

Elias. Todo me lo ha contado; y hasta me enseñó su ultimatum de usted, señora.

Marquesa. Ha cometido grandes faltas!

Gabriela. Muy grandes!

Elias. Grandísimas!

Marquesa. Mas ya que pide perdón...

Elias. No lo merece, no; yo mismo le he hecho comprender que es indigno de su clemencia de ustedes, y así, ha renunciado á implorarla.

Gabriela. Cómo?...

Elias. Sí, renuncia para siempre!

Marquesa. Sin embargo, si bajo las condiciones propuestas nos dignamos absolverle...

Gabriela. Sí, si nos dignamos...

Elias. No, Marquesa, no. Usted ha sido demasiado buena, demasiado indulgente, porque es mujer, y está todo dicho. Pero nuestra culpa fué grande, y debemos castigarnos y espiarla.

Gabriela. Es que ya hace un mes que la espía.

Elias. Y qué es un mes?

Gabriela. Vaya! No es tan poco!

Marquesa. (Bajo á su hija.) Silencio!

Elias. (Aparte.) Bravo! El tribunal no se halla de acuerdo acerca de la duración de la pena! (Alto.) Yo voy todavía mas lejos, y creo que para arrepentirse de tantas ofensas no es bastante la vida entera.

Gabriela. Cuánto rigorismo! (Se oyen cornetas de caza dentro.) Dios mio! Qué será eso?

Elias. Nada, no hagan ustedes caso; es que Ricardo va á una partida de caza con algunos amigos... con la señora de Osorio...

Gabriela. (Con viveza.) Espero que no irá; y sino...

Elias. Ha mandado ensillar su caballo para reunirse á los cazadores. (Suspirando.) Qué importa que sea á los bosques ó á otra cualquier parte adonde lleve el espectáculo de su tristeza? (Se oye dentro tocar guitarras y bandurrias.)

Juana. (*Dentro.*) Vamos, á bailar, á bailar! Tú, Jaime, enfrente de mí.

Ricardo (*Dentro.*) Empecemos, empecemos!

Elias. Repito que no hagan ustedes caso. Hoy es el aniversario de la boda de Juana Agramunt...

Gabriela. De mi ahijada?

Elias. Y ella tiene que abrir el baile con su marido de usted.

Gabriela. (*Mirando hácia la derecha.*) Y será capaz de bailar ese hombre?

Elias. De desesperacion!

Gabriela. Atreverse á divertirse!

Marquesa. Y con esa gentuza! Qué indecencia!

Ricardo. (*Dentro.*) A la salud de Juanilla!

Elias. Le oyen ustedes?

Ricardo. (*Dentro.*) Por los buenos matrimonios! (*Gritos dentro de: Viva el señor amo!*)

Elias. Allí está, allí; en medio de las muchachas... (*Mirando hácia dentro.*)

Marquesa. (*Mirando tambien.*) Y trincando con Jaime! Jesus, Jesus, Jesus!

Gabriela. No me engaño!... Ahora abraza á Juana! (*Dá un paso hácia la granja.*)

Marquesa. (*Deteniéndola.*) Hija mia, qué quieres hacer?

Gabriela. Confundirle!

Marquesa. (*A media voz, y trémula de cólera.*) Y tu dignidad? Mirame; yo estoy tan furiosa como tú, y nadie me lo advierte: así debe ser la cólera de las personas ilustres.

Gabriela. Mamá, accedo á todo!

Marquesa. Huyamos de ese espectáculo repugnante.

Elias. Se dignará usted decirme lo que piensa hacer?

Marquesa. Caballero, no tengo que dar á usted cuenta de mis acciones! (*Las dos le saludan, y se van por el fondo.*)

ESCENA VIII.

DON ELÍAS, poniéndose el sombrero.

Qué proyectos serán los suyos? Los ignoro, mas debo aguardar un gran golpe, porque la Marquesa es mujer terrible. Felizmente, y en eso consiste nuestra salvacion, en la cólera de Gabriela se revela aun el amor. En la de su madre solo se descubre la necesidad de

combates y de discordia. Hola! Quiere guerra? Pnes bien, se la haremos para conseguir la paz; y ya que nos ha enviado su *ultimatum*, voy á prepararla el mio, que no valdrá menos que el otro. (*Se sienta en el banco, y escribe en una hoja de papel que arranca de su cartera, con el lápiz de esta.*)

ESCENA IX.

DICHO. RICARDO.

Ricardo. Vaya! Me he divertido y me he alegrado!... Pedro acaba de decirme que está ya listo mi caballo, y me voy á la cacería. Pero antes he querido decirle á usted que tenia razon, tio. El júbilo de esa buena gente me ha contagiado... Han bebido á mi salud con un entusiasmo, y con un vinillo tan agradable! Además, habia allí algunos palmitos regulares; algunas chicas tan francas, tan despreocupadas, tan... Lo cierto es que yo perdí la cabeza, y bailé con todas, y las abracé á todas! Si yo no soy vanidoso! Lo único que siento es que mi suegra no me haya visto!

Elias. (*Acabando de escribir.*) De veras?

Ricardo. (*Riéndose.*) Hubiera dado mil duros porque estuviese ahí!

Elias. Anda, que no te costará tan cara esa satisfaccion.

Ricardo. Cómo?

Elias. Porque la Marquesa estaha aqui... gratis.

Ricardo. La Marquesa?

Elias. Con tu mujer!

Ricardo. Soy perdido!

Elias. Al contrario; se han marchado furiosas, lo cual es de buen agüero; y para acabar lo que tú has empezado tan bien, preparo...

Ricardo. El que, tio?

Elias. Nuestro *último atún*; porque es menester que cada cual tenga el suyo... Toma, tú lo firmarás!

Ricardo. (*Leyendo rápidamente el papel que le dá su tio.*)

Firmar yo esto? Jamás! Jamás! No lo espere usted!

Elias. Sin embargo...

Ricardo. Repito que nunca! Quiere usted que despues de lo que ha visto me aborrezca? Desea usted alejarnos mas todavia?

:

Eliás. Alejaros!... Mira, conoces aquella que habla allí con Juana?

Ricardo. Cielos! Es ella! (*Va á correr hácia Gabriela, pero su tío le detiene.*)

Eliás. Adónde corres?

Ricardo. A esplicarla por qué antes... me divertia aquí... sin saber cómo.

Eliás. No, eso fuera echarlo todo á perder. Vas á marcharte á caza.

Ricardo. No, no!

Eliás. Y la promesa que me hiciste? Es que á mí nadie me falta á su palabra!

Ricardo. Pero, tío, si me es imposible alejarme... cuando sé que mi mujer está tan cerca de mí!

Eliás. En ese caso, con tal de que no la hables...

Ricardo. Se lo juro á usted!

Eliás. Entonces, éntrate ahí... en el pabellon; y no salgas sin orden mia.

Ricardo. Tío!

Eliás. (*Enfadándose.*) Ó me marchó... te abandono, y te entrego á tu suegra... Escoge.

Ricardo. Oh! no! no!... esa amenaza me hará entrar hasta en el infierno!

Eliás. No, únicamente quiero que entres en el pabellon.

Ricardo. Le obedezco á usted! En cuanto á firmar este papel, eso nunca, lo repito!

Eliás. Lo veremos! (*Empujándole.*) Anda! (*Viendo salir á Gabriela.*) Ya era tiempo! (*Vase con su sobrino.*)

ESCENA X.

GABRIELA. JUANA. *Despues* DON ELÍAS.

Gabriela. (*Sale hablando animadamente con Juana.*) Y por que bailabas con él?

Juana. Caramba! Madrina, el amo me sacó, y como era para mi una honra tan...

Gabriela. Debiste rehusarla!

Juana. Yo vacilé un instante; pero mi marido me dijo: acepta!

Gabriela. Luego, dejarte abrazar por él!

Juana. Mi marido me dijo...

Gabriela. Tu marido! tu marido!... Debias contestarle que no te daba la gana.

Juana. No se hubiera enfadado poco!

Gabriela. Gran mal!

Juana. Ciertamente, porque cuando se enfada...

Gabriela. Qué sucede?

Juana. Soy yo quien tiene que ceder... lo que siempre es desagradable.

Gabriela. Ah! Eres tú? Y si no cedieras?

Juana. Me abandonaria!

Gabriela. Es posible?

Juana. Sí, madrina, sin remedio.

Gabriela. Lo sentirias mucho?

Juana. Mucho. Y usted?

Gabriela. Yo... (*Don Elías abre la puerta y la cierra, fingiendo que llega ahora.*) Cielos! Mi tío!

Eliás. (*Acercándose.*) Sobrinita! dónde se halla la señora Marquesa?

Gabriela. Acaba de salir... ha ido á consultar á un abogado, y como mi presencia era inútil...

Eliás. Tiene usted razon.

Gabriela. (*Como buscando á alguien en derredor.*) Y yo me volvía á la quinta.

Eliás. Qué busca usted?

Gabriela. Nada. Temia encontrar á mi marido.

Eliás. Tranquílcese usted: está ausente.

Gabriela. Ausente? Entonces me quedo, querido tío. (*Con emocion y despecho.*) Y se fué sin duda á esa carcería?

Eliás. Lo supongo.

Gabriela. A encontrar á la de Osorio?

Eliás. Quizás!

Gabriela. Yo estoy segura de ello... porque la tal mujer que debia partir para Italia... Y cómo es que no se marcha?

Eliás. No puedo contestarla á usted.

Gabriela. No crea usted que á mí me importa nada... Antiguamente, cuando yo queria á mi marido, hubiera podido... pero después de lo que he visto poco há... después de ese olvido completo, no diré de mí, sino de todas las consideraciones...

Eliás. Tal vez tiene una disculpa...

Gabriela. Él? Un hombre casado?

Elias. Casado? Ya no lo está!

Gabriela. Cómo?

Elias. Casi, casi! Él tiene corazón y ojos...

Gabriela. Sin embargo, la carta que me dirigió esta mañana...

Elias. Yo se la dicté, y me costó infinito lograr que la escribiese.

Gabriela. Usted la dictó? Pero, tío, por qué no me tutea usted?

Elias. Es verdad... como ya estamos casi separados...

En fin, te tutearé.—Debo decirte que ya se arrepentía de haberte enviado el billetito, cuando la respuesta de tu mamá vino á sacarle del apuro, y á dejarle otra vez libre y feliz.

Gabriela. (Con espanto.) Dios mio! Felizmente que usted está ahí, y como usted es tan bueno... y como me ama tanto... porque estoy segura de que me ama usted ya!

Elias. (Aparte.) Pobre chica! Me enternece!

Gabriela. Aconsejará usted á su sobrino, segun hizo esta mañana... para que ceda.

Elias. (Aparte.) Iba á dejarme embaucar! (Alto.) Que ceda?

Gabriela. Sí... que dé algunos pasos... en fin... que nos pida una especie... de perdon... Es decir, en los términos que guste.

Elias. Él?

Gabriela. Con tal de que parezca que es él el que se baja primero, no se le exige mas.

Elias. De veras? Pues, sobrina, siento mucho confesar-telo... Tú no conoces á tu marido!

Gabriela. Vaya! Si es tan bueno! Tan amable! Tan dócil!

Elias. Antes, no lo dudo. Mas si supieses cuánto agría el carácter la soledad! Ahora es ridículo, exigente...

Gabriela. (Asustada.) Semejante cambio en un mes?

Elias. Pasan tantas cosas en un mes! Luego, el susto que llevó cuando... (Señala al balcon.)

Gabriela. Es muy gracioso! Pues me parece que yo fui la que...

Elias. Sí, mas aquello influiría en su parte moral; y

ahora padece una monomania: la de querer ser el amo de su casa.

Gabriela. Qué ocurrencia!

Elias. Y para comenzar, quiere, exige...

Gabriela. (Asustada.) Qué? Qué exige?

Elias. Que le escribas una carta cariñosa.

Gabriela. (Con alegría.) Cariñosa? Sí... creo que bien puedo permitirme... sí, sí, sí!...

Elias. (Tomándola la mano.) Ingiriendo en ella algunas disculpas...

Gabriela. (Cambiando de tono.) Yo?

Elias. Acerca de lo pasado.

Gabriela. Pedir yo perdon? Confesar que hice mal? Eso nunca!

Juana. Qué dice usted, madrina?

Gabriela. (A los dos.) Mamá me lo ha repetido cien veces! Va en ello mi dignidad de mujer! Cuando una cede la primera vez, es perdida!

Elias. Hola! Con que esos son los principios de la Marquesa?

Gabriela. Y los míos!

Elias. Y la obediencia que se debe al esposo?

Gabriela. La obediencia? Esas son palabras vanas. (Reprimiéndose.) En fin, tío, yo no quiero enfadarme con usted, y en su obsequio accederé á hacer... concesiones.

Juana. Bien, bien, madrina!

Elias. Cuáles?

Gabriela. Todas las que mi marido quiera...

Juana. Perfectamente.

Gabriela. Esceptuando el ser yo la que se baje.

Elias. (Aparte.) Eso lo veremos! (Yéndose.)

Gabriela. Se marcha usted?

Elias. Como embajador que ha recibido sus pasaportes, porque estoy seguro de que mi sobrino se negará.

Gabriela. Habrá terco!

Elias. Repito que se negará. (La saluda y se va.)

ESCENA XI.

GABRIELA. JUANA.

Gabriela. (Furiosa.) Pues si se atreve á tanto...

Juana. Madrina!

Gabriela. Es que no hay ejemplo de obstinacion semejante! Parece que en la familia todos son asi! El tio, el sobrino... En fin, ya lo has visto... Yo soy la única razonable, puesto que hacia concesiones.

Juana. Y se enfurece usted?

Gabriela. Cuando me tratan como á una chiquilla, cuando me hablan de ceder, de obedecer...

Juana. Y qué mal hay en eso? Es precisó obedecer á su marido; de lo cual no resulta jamás vergüenza... (*Jugando con el delantal.*) y sí algunas veces satisfaccion.

Gabriela. Cállate! Si mamá te oyese!...

Juana. Y qué importaria que me oyese? La señora Marquesa es suegra y no esposa de don Ricardo; tampoco puede saber lo que usted piensa, lo que usted siente. A ella no la cuesta nada hacer la guerra, y á usted sí... á menos que no ame usted á su marido.

Gabriela. Al contrario; le quiero mas que nunca... y eso es lo que me pone furiosa.

Juana. Entonces...

Gabriela. Pero humillarme, ceder la primera... Mamá no lo consentiria.

Juana. Ese es asunto de usted.

Gabriela. Me despreciaria, y con razon.

Juana. Sin pizca de ella; porque usted se ha formado una idea terrible de la sumision... que no es nada en el matrimonio.

Gabriela. Cómo! no es nada someterse cual una esclava?

Juana. Bah! Yo no hago otra cosa... me someto todo el dia, y no lo paso tan mal: en cuanto Jaime manifiesta su voluntad, yo la ejecuto en seguida... lo que no me impide hacer la mia... sin que él lo sospeche.

Gabriela. (*Con curiosidad.*) Cómo?...

Juana. (*Despues de mirar en derrédor.*) En primer lugar, no digo nunca « quiero, » sino procuro que me mande lo que deseo, y entonces obedezco... con una presteza que le encanta... Así quedamos contentos los dos... y yo hago cuanto me acomoda.

Gabriela. De veras?

Juana. Desengáñese usted, madrina, los hombres son como las fieras; solo se necesita maña para domesticarlos.

Gabriela. Dios mio! Mi madre! (*Se sienta en el banco.*)

ESCENA XII.

DICHAS. LA MARQUESA. RICARDO, *oculto en el pabellon.*

Marquesa. (*Dentro.*) Sí, señor Jaime; esos juegos y esas diversiones me parecen indecentes.

Juana. (*Corriendo á la granja.*) Pobre esposito mio! (*La Marquesa figura escuchar á Jaime que está en la izquierda: Juana procura apaciguar á la Marquesa.*)

Marquesa. Eh? Se lo han permitido á usted? Y quién?

Ricardo. (*Saliendo del pabellon.*) Por mas que diga mi tío, no firmaré eso... Mi mujer! (*Dá un paso hácia Gabriela, y se detiene.*) Ah! Está con ella su madre! Esperemos. (*Se esconde detrás de la puerta del pabellon.*)

Juana. Le dió licencia el señor don Ricardo. No es así, Jaime? (*Entra en la granja.*)

Marquesa. Ah! Con que mi yerno es el que permitió que ustedes se divirtiesen? Pues yo lo prohibo, entienden ustedes? y mi hija tambien. (*Alejándose de la granja.*)

Gabriela. Sin embargo, mamá, mi marido es dueño...

Marquesa. De qué? De esa granja procedente de tu dote, y que nosotras le hemos dado?

Gabriela. Precisamente, una vez que usted se la ha dado, es suya.

Marquesa. Por esa cuenta, tú lo eres tambien.

Gabriela. Puede sostenerlo.

Marquesa. No tal; vengo de ver al abogado, y opina que la causa es excelente...

Gabriela. Siempre dicen lo mismo los abogados. Además, yo he encontrado al general, y me ha hecho proposiciones en nombre de su sobrino.

Marquesa. Cuando te lo decia yo! No se necesita sino tiempo y firmeza para amansar á los hombres!

Gabriela. Sí... pero exigen... únicamente que escriba á mi marido... una carta afectuosa.

Marquesa. Eso nunca!

Gabriela. Lo mismo he respondido... Luego, querian que intercalase algunas súplicas... esto es, disculpas...

Marquesa. Disculpas? Y le has escuchado? Y le has dejado acabar?

Gabriela. No, mamá, no... He rehusado... he rehusado!

Marquesa. (*Abrazándola.*) Hija mija, tú hallaras la recompensa... en el cariño y en la estimación de tu madre!

Ricardo. (*Aparte.*) Buena recompensa!

Marquesa. Suponernos capaces de semejante debilidad, siendo así que tu marido es el culpable!

Gabriela. No digo que no!

Marquesa. Cuando él pudo causar tu muerte!

Gabriela. En cuanto á eso, mamá, debo decirla á usted que mi vida no corrió ningun peligro.

Ricardo. (*Aparte.*) Qué dice?

Marquesa. Ningun peligro? Pues á no ser por aquel heno, te hubieras matado, desventurada!

Gabriela. Es que... mamá... es que yo sabia... que el heno estaba allí.

Ricardo. (*Aparte.*) Cielos! Qué escucho?

Marquesa. (*Mirando á su hija con admiracion.*) Lo sabias? Ah! En ese rasgo reconozco mi sangre: sí! tú eres digna de ser mi hija! (*La abraza.*)

Ricardo. Lo sabia!!! Y durante un mes ha podido dejarme... Conozco que no me amaba, y ahora firmaré cuanto mi tío quiera. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

LA MARQUESA. GABRIELA.

Gabriela. Gracias por esos elogios, mamá; pero ya ve usted que no es tan culpable.

Marquesa. Cree serlo, y hé ahí lo esencial. Es menester que nos aprovechemos de su error para consolidar tu imperio. Siempre te lo he dicho: «Los hombres son tiranos cuando no son esclavos;» así es menester tenerlos (*Acompañando la accion á las palabras.*) de rodillas!

Gabriela. Ya; y si mi marido no quiere?

Marquesa. Daria algo bueno por verlo.

Gabriela. Si se obstina él por un lado y nosotras por otro?...

Marquesa. Ojalá!

Gabriela. Adónde iremos á parar, Dios mio?

Marquesa. En ese terreno los aguardo, porque tengo una palabra que les hará temblar, y los confundirá; empezando por el tal general, de quien sospecho que dá malos consejos á su sobrino.

Gabriela. Él ? Imposible !

Marquesa. Y en los matrimonios, hija mia, á todos los que dan malos consejos, se les debería ahorcar... El viene!

ESCENA XIV.

DICHAS. DON ELÍAS, *que sale del pabellon*, y JUANA.

Elias. (*Hablando en alta voz hácia adentro.*) Pierde cuidado, que todo estará dispuesto para esta noche, ó mañana tempranito lo mas tarde. No se necesita tanto tiempo para componer un carruaje, y voy á la granja á ver si... Hola, Juanilla ! Han levantado mi berlina?

Juana. Ya hace rato. Jaime echó mano, y como él es tan fuerte... tan...

Elias. Ya lo sé!

Juana. Y luego, no habia nada roto.

Elias. Entonces podremos partir al instante.

Juana. Se va usted?

Elias. Con mi sobrino.

Marquesa y Gabriela. Cómo ! Con su sobrino?... (*Adelantándose.*)

Elias. Ah ! señoras, estaban ustedes ahí ?

Gabriela. Sí... tio... y le hemos oido á usted hablar... de su partida...

Elias. Es el único medio de distraer al pobre Ricardo. Vamos á hacer un viajecito con algunos amigos suyos... con el señor de Osorio...

Gabriela. Y con su mujer ?

Elias. Es claro ; los buenos matrimonios no se separan nunca ! Comenzaremos por Italia, y luego iremos á Constantinopla...

Gabriela. Constantinopla !... Un pais en el que cada hombre tiene tantas mujeres ! Y usted lo ha permitido ? Y no ha tratado usted de disuadirle ?

Elias. Y por qué medio ? Tú podias, y no lo has querido ; ahora desconfio mucho... porque exige cosas absurdas... exageradas... condiciones...

Marquesa. Condiciones á nosotras ! A mí, marquesa de Pino-alto y de Agua-fresca !

Elias. Condiciones inadmisibles, yo mismo lo conozco : así, aunque me ha encargado que se las presente á

ustedes, nunca me atreveré á tomarme esa libertad.

Marquesa. Y hará usted muy bien!

Gabriela. Sin duda... pero nada se pierde con saberlas.

Elias. No, no, sobrina: no te lo aconsejo.

Gabriela. Por qué?

Elias. (Sacando un papel del bolsillo, y levantándolo y bajándolo de manera que Gabriela no puede cogerlo.)

El ultimatum de la señora Marquesa solo era severo; y el de tu marido es tan extravagante, que pasa todos los límites...

Gabriela. (Cogiendo por fin el papel.) No importa: veamos!

Marquesa. (Arrancandoselo á su hija.) No, tú no, sino yo.

Gabriela. (Bajo á don Elias.) Con que es tan atroz?

Elias. Atroz, esa es la palabra que le conviene! Y lo malo es que no aceptará otro medio de reconciliacion.

Gabriela. (Conmovida.) Ah! Con que aun habla de reconciliacion?

Marquesa. (Dando gritos.) Ay! Yo me ahogo... mis sales... mi pomito!...

Juana. Qué le dá?

Gabriela. Qué es eso, mamá?

Marquesa. (Sentándose en el banco.) Este hombre está loco!

Elias. Cuando se lo decia yo á ustedes!

Marquesa. (Leyendo con rabia.) «Me alegraré mucho de verte, de estrecharte contra mi corazon.»

Gabriela. (Conmovida.) En eso no hay nada de...

Marquesa. «De recibirte... en esta habitacion, que es la nuestra.»

Gabriela. Y qué?

Marquesa. «Y en la cual vivo solo hace tanto tiempo.»

Gabriela. Pobrecillo!

Marquesa. «Mas por el balcon saliste de ella.»

Gabriela. Siga usted!

Marquesa. (Sofocada.) «Y por el balcon...

Gabriela. Cómo!

Elias. (Friamente y tomando un polvo.) Y por el balcon volverás á entrar.»

Gabriela. Cielos!

Elias. Eso es: la pena del Talion!

Juana. (*Riéndose, á la Marquesa.*) Quiere que mi madrina entre por el balcon! Vaya una ocurrencia singular! No es verdad, señora?

Marquesa. (*Furiosa.*) Silencio! Semejante idea es ofensiva, injuriosa!...

Elias. No se lo decia yo á ustedes? Sin embargo, ustedes se empeñaron en saber...

Marquesa. Y usted imaginó?...

Elias. Ni un instante. Así, seguro desde luego de la respuesta de usted y de la negativa de mi sobrina, proyecté ese viaje, que voy á acelerar.

Marquesa. Si, es preciso que se separen.

Gabriela. Mamá!

Marquesa. Tú, hija mia, véte á casa. Ya sabes cuál es el cariño que te tiene tu esposo.

Gabriela. Sí, bien veo que no me ama, cuando para reconciliarnos me pide... (*Mirando al balcon.*) cosas... imposibles!

Marquesa. Y tan imposibles!

Elias. Por supuesto!

Juana. (*En voz baja á Gabriela, y mirando al balcon.*)

Imposibles? Y por qué?

Gabriela. Qué quieres decir?

Juana. Venga usted, madrina... y sobre todo silencio.

(*Vanse á la granja: comienza á anochecer.*)

ESCENA XV.

LA MARQUESA. DON ELÍAS.

Marquesa. (*Que hablaba bajo con don Elias.*) No, no señor: no me he equivocado ni un minuto, y en ese golpe he reconocido su mano de usted..

Elias. (*Con hipocresía.*) Me cree usted capaz?...

Marquesa. De todo!

Elias. Mil gracias, marquesa.

Marquesa. Nunca me ha perdonado usted, ya lo sé, el que prefiriese al marqués de Pino-alto.

Elias. Y de Agua-fresca.

Marquesa. Si no lo puede usted negar!

Elias. Al contrario, el espectáculo... de la felicidad que usted le procuró, redobla mi tristeza..

Marquesa. (Colérica.) Qué quiere usted decir?

Elias. Nada: que me llevo mi sobrino...

Marquesa. Bien; pero antes habrá separacion legal.

Elias. Para qué, si existe de hecho?

Marquesa. Yo quiero que exista de derecho.

Elias. Y en qué la fundará usted?

Marquesa. No nos faltan motivos. En primer lugar, hay uno evidente.

Elias. Yo tendré dos!

Marquesa. Ha habido injurias, ofensas graves! Nos han arrojado ustedes por el balcon!

Elias. No por cierto! Ustedes mismas se han arrojado!

Marquesa. Podíamos haber muerto! El juez apreciará esta circunstancia!

Elias. Y la de caer sobre el heno? Heno premeditado!

Marquesa. (Furiosa.) Se atreve usted á suponer?...

Elias. Todo!

Marquesa. Si no hay causas, inventaré pretextos.

Elias. No dudo de sus invenciones de usted.

Marquesa. Con que es decir que yo soy una embustera?

Elias. Con que es decir que yo soy un trapalon?

Marquesa. Usted me injuria!

Elias. Usted me ultraja!

Marquesa. Aunque me sea necesario llamar á la guardia civil, no se llevará usted á su sobrino.

Elias. Aunque llame usted á una legion de demonios, me lo llevaré.

Marquesa. Es usted un infame!

Elias. Y usted una loca!

Marquesa. Veremos quién triunfa!

Elias. Lo veremos!

Marquesa. Yo!

Elias. No, sino yo!

Marquesa. Lo veremos! Lo veremos! (*Marchándose.*)

Elias. Lo veremos! Lo veremos!

ESCENA XVI.

DON ELÍAS. RICARDO, *que sale del pabellon.*

Elias. (*Riéndose á carcajada.*) Ah! ah! ah!

Ricardo. Tío, que ha ocurrido? Qué voces! Qué gritos!

Elias. Nada... hablaba tranquilamente con tu *mater dolorosa*, que está furibunda.

Ricardo. Ha visto ya mi *ultimatum*, esto es, el de usted?

Elias. Y ha producido su efecto!

Ricardo. Ay, tío! Acaso ha ido usted demasiado lejos, y temo las consecuencias...

Elias. Las consecuencias? Míralas! (*Haciéndole mirar hácia la derecha.*)

ESCENA XVII.

DICHOS. GABRIELA y JUANA, que salen llevando cada cual el extremo de una escalera de mano.

Ricardo. Es Gabriela!

Elias. Con Juanilla! Ven, ven acá! (*Se esconden detrás del banco.*)

Gabriela. (*Soltando la escalera.*) Caramba! Cómo pesa!

Juana. (*Soltándola también.*) Pues descansemos!

Ricardo. Qué traen?

Elias. Creo adivinarlo.

Gabriela. (*Frotándose las manos.*) Debias haber buscado otra mas pequeña.

Juana. Vaya! Es la de los naranjos! Se necesitaba que fuese bien alta para llegar hasta allí.

Elias. (*Bajo á Ricardo.*) Es una escalera!

Ricardo. (*Id.*) Será posible? Y con qué objeto?

Elias. (*Con alegría.*) Cállate!

Juana. No quiso usted que se lo dijese á Jaime, y él la habria traído como una pluma... Es tan robusto!

Gabriela. Me hubiera muerto de vergüenza si hubiese estado otro en el secreto!

Juana. Por qué, madrina? No tiene usted derecho para ir al cuarto de su esposo?

Ricardo. (*Aparte.*) Cielos!

Juana. Nadie estrañará que entre usted por la puerta ó por el balcon, segun le convenga. Si fuera para ir á la habitacion de otro...

Elias. (*Aparte.*) Esta chica vale un Perú!

Juana. (*Cogiendo la escalera, y apoyándola con trabajo en el balcon.*) Ahora ya no la necesito á usted.

Gabriela. No quieres que te ayude?

Juana. No; voy á apoyarla en el balcon.

Gabriela. Cuidábito!

Juana. No hay miedo!

Gabriela. Cállate! Se ve luz en el gabinete; sin duda estará en él Ricardo, y podria oirnos.

Juana. Vamos, ya la tiene usted bien colocada... Arriba, madrina, y al asalto!

Gabriela. (*Poniendo un pié en la escalera.*) Ay! que se mueve! (1). Nunca me atreveré!

Juana. Si la tengo yo sujeta! suba usted! suba usted!

Gabriela. (*Subiendo.*) La tienes?

Juana. Jesus! Cuántas monadas!

Gabriela. (*Volviendo á bajar.*) Ah!

Juana. Qué es eso?

Gabriela. Cómo he de poder subir la barandilla con faldas?

Juana. Bah! todo es empezar!

Gabriela. De veras?

Juana. Suba usted, y despues veremos.

Ricardo. (*A don Elías.*) Va á matarse, tío!

Elías. (*Deteniéndole.*) Déjala! Hay un Dios que protege á los amantes!

Ricardo. (*Aparte.*) Semejante prueba de amor!...

Gabriela. Dios mio!

Juana. Otra?

Gabriela. (*Que ha subido tres peldaños.*) Si se me verán las piernas!

Juana. Vaya una salida! Si no se ve gota! No hay siquiera luna! Y además, aunque se viesen, no son malas.

Gabriela. (*A la mitad de la escalera.*) Si supieses qué miedo tengo!

Juana. Ya está usted á la mitad del camino.

Gabriela. (*En este momento la escalera se mueve, y Gabriela asustada se baja.*) Ay! Dios mio! Que me caigo! No, no puedo! (*Baja.*)

Juana. Qué torpes son estas señoritas! Siempre necesitan un punto de apoyo. (*Quita la escalera.*)

(1) Es indispensable que la escalera sea ligera, sólida, y tenga dos ganchos. (N. del A.)

Gabriela. Qué vas á hacer?

Juana. (*Apoyándola al extremo del balcón contra la casa.*) Por este lado tendrá usted siempre la pared para apoyarse.

Gabriela. Sí, sí! Escelente idea! Prefiero eso! (*Sube de nuevo.*)

Juana. Si fuese yo, en dos saltos me pondría arriba, sin temor á nada.

Ricardo. (*Bajo.*) Ya no la veo!

Elias. Chit!

Gabriela (*Que ha subido algunos peldaños.*) Me parece que han hablado!

Juana. Son los ruseñores que andan por entre los árboles.

Elias. (*Bajo.*) Nos llama ruseñores! Bendito sea tu pico!

Juana. Vamos; llegó usted?

Gabriela. Estoy tocando al balcón... Ya llegué á él! (1). (*don Elias tose muy fuerte.*) Viene gente?

Juana. (*Huyendo por el fondo.*) Piés, para qué os quiero?

Elias. (*Deteniéndola, y en voz baja.*) Soy yo.

Juana. (*Aparte.*) Ah! El tío!

Elias. (*Siempre por lo bajo.*) Toma eso para tí... (*La mete un bolsillo en la mano.*) á condición de que vayas corriendo á la quinta, á avisar á la señora Marquesa que hay una mujer en la alcoba de mi sobrino.

Juana. (*Riéndose.*) Cómo! Pretende usted?...

Elias. Basta!

Juana. Será gracioso! Ah! ah! ah! (*Quitando la escalera.*) Para mayor seguridad, cortémosla la retirada. (*Vase corriendo por el fondo.*)

ESCENA XVIII.

GABRIELA, en el balcón. DON ELÍAS. RICARDO.

Gabriela. (*Apoyada en la barandilla.*) Por mas que escucho, no oigo nada! Me habré equivocado quizás!

(1) Gabriela hace como que sube con trabajo al balcón, que debe estar abierto por aquel lado. (N. del A.)

(*Llamando á media voz.*) Juana! Juana! Ya no está ahí! Ha huido dejándome sola... y no sé si debo bajar... ó continuar mi camino.

Elias. (*A Ricardo, que quiere correr al pabellon.*) Silencio, no es tiempo aun.

Gabriela. (*Dando golpes en las vidrieras.*) Soy yo, Ricardo... soy yo, Gabriela... tu mujer!

Ricardo. (*A media voz.*) Ah! no resisto mas, y quiero...

Elias. (*Deteniéndole siempre.*) Privarte de tu mayor felicidad!

Ricardo. (*Id.*) Cuál?

Elias. La de saber que eres amado!

Ricardo. Es cierto! (*Deteniéndose y escuchando.*)

Gabriela. (*Llama otra vez en los cristales.*) He hecho lo que me habias exigido... y sin decírselo á mamá, he venido... Aquí estoy! Vengo á pedirte la hospitalidad!

Ricardo. (*Aparte.*) Mujercita mia!

Elias. Chit!

Gabriela. No me responde! Acaso estás enfadado todavía, Ricardo?...

Elias. Aun no, te digo.

Ricardo. Hace una hora que aguarda.

Elias. Ella te ha hecho aguardar un mes.

Gabriela. (*Tiritando.*) Tengo frio... tengo mucho frio... voy á coger una pulmonia.

Ricardo. Una pulmonia! Esto es demasiado! Yo no resisto mas! (*Escapándose de los brazos de su tio.*) Gabriela! Esposa querida!

Elias. Qué poca paciencia!

Gabriela. (*Dando un grito.*) Dios mio! Ricardo, eres tú? Cómo es que estás ahí abajo?

Ricardo. Y cómo es que tú estás ahí arriba?

Gabriela. (*Confusa.*) Yo? no sé!... Estoy aquí... por casualidad... Paseándome, subí... (*Vivamente.*) No, no! Por qué he de fingir? por qué he de avergonzarme? Me lo mandaste, y obedecí... segun era mi deber!

Elias. Bien, sobrina, admirablemente!

Gabriela. (*Con espanto.*) Mi tio! (*Ricardo corre al pabellon.*)

ESCENA XIX.

DON ELÍAS. GABRIELA, *siempre en el balcon*. LA MARQUESA.

JUANA.

Marquesa. Qué escándalo! Qué infamia!

Gabriela. (*Escondiéndose en el balcon.*) Mi madre!

Marquesa. Caballero, (*A don Elías.*) hay á estas horas una mujer en el cuarto de mi yerno, de su sobrino de usted!

Juana. (*A don Elías.*) Ya ve usted que he desempeñado su encargo.

Elías. Sí, sí.

Marquesa. Si, no me han engañado! (*En este momento la vidriera del balcon se abre, y Gabriela desaparece.*) La he visto aunque haya desaparecido; tengo pruebas auténticas para la separación, y ya no me falta nada.

Elías. Nada mas que testigos.

Marquesa. Los tendré... y corro á confundir á los culpables. (*Se lanza al pabellon.*)

ESCENA XX.

DON ELÍAS. JUANA.

Elías. Qué quiere decir?

Juana. La señora Marquesa ha venido sin aguardar á los criados, á quienes ha ordenado que la sigan al pabellon con luces.

Elías. (*Frotándose las manos.*) Mil veces mejor!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS. LA MARQUESA. GABRIELA y RICARDO.

Marquesa. (*Trayendo á Gabriela de la mano.*) No se me escapará usted, señora mia, sea usted la que fuere; y todos sabremos... (*En este instante aparecen dos criados con antorchas, é iluminan el teatro.*) Cielos! Qué veo! Mi hija!

Elías. Y su marido... (*Señalando á Ricardo.*) que no

piensan en una separacion. (*Gabriela se refugia en los brazos de Ricardo.*)

Marquesa. (Atónita.) Mi hija! Y cómo ha subido ahí?

Juana. (*Que ha vuelto á coger la escala, y mirando á la Marquesa por entre los peldaños.*) Por la escalera.

Marquesa. (*Con orgullo.*) Y su dignidad?

Juana. (*Imitando á la Marquesa.*) Su dignidad? Su dignidad ha subido con ella!

Elias. Créame usted; dejémoslos en paz; y no volvamos á mezclarnos en sus cosas. En todos los buenos matrimonios, el marido reina.

Juana. (*Bajo á Gabriela.*) Y la mujer gobierna!

Yo, constante defensora

del dominio marital,

en este trance fatal

juez hago al público ahora;

y si algunos pecadora

me creyeron y culpada,

ó en mis principios errada,

concedan á mi atricion

las mujeres su perdon;

los hombres... una palmada.

FIN DE LA COMEDIA.

Soprano.—Sotillo.—Soto.—Soto mayor.—Siradella.—Shakespeare enamorado.—Si te p
cate.—Sálvese el que pueda.—Soy yo, *zarzuela*.—Santiaguillo, *zarzuela*.—Sueños de a
Tanto vales cuanto tienes.—Tasso.—Teodoro.—Testamento.—Tienda del rey don Sa
Tigre de Bengala.—Tio Marcelo.—Tio Tararira.—Todo es farsa en este mundo.—Toma y
Too jué groma.—Toros y cañas.—Tran Tran.—Tras él á Flandes.—Travesuras de Juana.
za de sus cabellos.—Tres enemigos del alma.—Trovador.—Tu amor ó la muerte.—Tui
vada.—Tutora.—Tomás el montañés.

Valeria.—¡¡Vaya un par!!—Vellido Dolfos.—Veneciana.—Venganza de un caballero.
ganza de un pechero.—Ventorrillo de Alfarache.—Ventas de Cárdenas.—Vengar con a
celos.—Vicente Paul, ó los espósitos.—Vaso de agua.—Verdad por la mentira.—Verda
apariencias.—Vieja del candilejo.—Vigilante.—Viriato.—Virtud en la deshonra.—Visio
Vuelta de Estanislao.—Valentin el guarda costas.—Ver para creer.—Victima de la calt

Un alma de artista.—Un año y un dia.—Un artista.—Un desafío.—Un día de campo.—
de 1823.—Un francés en Cartagena.—Un liberal.—Un ministro.—Un monarca y su prí
Un novio para la niña.—Un novio á pedir de boca.—Un par de alhajas.—Un paseo á Be
Un poeta y una mujer.—Una onza á terno seco.—Un rebato en Granada.—Un secreto c
do.—Un secreto de familia.—Un tercero en discordia.—Un tio en Indias.—Una aventura
los II.—Una ausencia.—Una boda improvisada.—Una cadena.—Una vieja.—Una de tanta
y no mas.—Una mujer generosa.—Una noche en Burgos.—Una retirada á tiempo.—Un
no conspira.—Un verdadero hombre de bien.—Un cambio de mano.—Un Jesuita.—Un
como hay muchos.—Un trueno.—Un baile de candil.—Ultima calaverada.—Una perla en
go.—Una noche y una aurora.—Union liberal.—Un pie y un zapato.—Un error frenológi
no sé qué.—Un drama de familia.—Un noble de nuevo cuño.—Un tenor, un gallego y
sante.—Zaida.—Zapatero y rey, 1.^a parte.—Zapatero y rey, 2.^a parte.

OBRAS.

Figaro: cuatro tomos en 8.^o marquilla con el retrato y biografía, 400 rs.

Alvarez: Derecho real, 2 tomos, 40.

Rossi: Derecho penal, 2 tomos, 36.

Astronomía de Arago: un tomo, 14.

Poesías de D. José Zorrilla: se venden coleccionadas y por tomos.

— de **D. José de Espronceda**, con su retrato y biografía: un tomo, 1

— de **D. Tomás Rodríguez Rubi**: un tomo, 40.

La Azucena silvestre por **D. José Zorrilla**: un tomo, 10.

Ensayos poéticos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: un tomo, 20.

La Isla de Cuba considerada económicamente, por el Sr. D. Ramon Pasaron
tra, Intendente que fué de la misma: un tomo en 4.^o, 12.

El dogma de los hombres libres: un tomo, 8.

Respuesta al dogma de los hombres libres, un tomo, 6.

Composiciones del Estudiante, en verso y prosa: un tomo, 42.

Tauromaquia de Montes: un tomo, 44.

Memorias del príncipe de la Paz, seis tomos, 70.

Arte de declamacion. por Latorre, un folleto, 4.

ESTA GALERIA

Consta de mas de 700 producciones, de las que se han formado:

12 tomos del teatro antiguo español de Tirso de Molina.

80 idem del moderno español.

40 idem de idem extranjero.

PUNTOS DE VENTA.

En Madrid en la librería de la Viuda é Hijos de D. José Cuesta, ca
Carretas.

Y en Provincias en las principales.